

Comercio municipal apartado 12, 15
Madrid

EL CAUTERIO SOCIAL

CAUTERIO: Instrumento que usan los cirujanos para aplicarlo candente a las heridas o llagas del cuerpo.

Periódico quincenal. Órgano de todos los que puedan decir y probar verdades. Cauterizará las llagas sociales sin distinción

Año 4.
SUSCRIPCIÓN:
Trimestre 0'75
Semestre 1'50
Año 3'00

Manzanares, 13 de Mayo de 1933

NÚMERO SUELTO 10 CENTIMOS

Núm. 48

CORRESPONDENCIA: ARMONIA. 5.

Aparece los sábados correspondientes

De los artículos firmados son responsables sus autores

Dame tres reales de jamón "pa" mí (¡Así, no es posible!)

Diga V. a su ilustrísima que no conseguirá ablandarme; pues he aprendido a ser pobre. Cantaclearo. (Valencia)

Allá por los primeros años del siglo presente, existía en Valencia un hombre inteligente, humilde, sencillo, afable, comunicativo y enérgico a la vez, llamado D. José Pérez Martinón. Este buen señor había sido cura y le habían retirado las licencias por francote y liberal. Para ganarse el sustento, fundó un colegio privado, que tituló de San Felipe Neri. Además, escribía en el periódico republicano «El Pueblo», con tal enjundia, claridad y valentía, que la gente «arrebataba» el periódico de las manos de los vendedores, cuando estos gritaban: «¡El Pueblo!» con un artículo de «Cantaclearo!» Este era el seudónimo que utilizaba. Como *sastre* que conocía el *paño* y como *coquero* que había sido antes que *frailé*, asestaba tan formidables varapalos a la Iglesia y a sus explotadores, que la cliegalla valenciana temblaba cada vez que escribía. ¡Con qué gusto le oíamos repetir entusiasmado: «La iglesia libre en el Estado libre, no; la iglesia esclava en el Estado libre, sí.» ¡Sí la conocía bien!

Como el clericalismo ha tenido siempre—y sigue teniendo, ¡desgraciadamente!—más influencia de la debida, le acosaban por todas partes y de todas maneras. (Mal lo hubiera pasado sin la colaboración de «El Pueblo».) A todas horas tenía emisarios del arzobispo, (nos parece era Guisasaola) unas veces con ofrecimientos y otras con amenazas. Al bueno de don José no le halagaban los primeros ni le amedrentaban las segundas; se contentaba con encogerse de hombros y decir: «¡Sí, sí; está bien!» Un día le dijeron: «De parte de su ilustrísima, que vaya usted al palacio arzobispal a hablar con él.» «Cantaclearo» se limitó a decir: «Diga usted a su ilustrísima, que la misma distancia hay de su palacio hasta aquí, que desde aquí a su palacio, y que si yo soy la *onja* descarriada y él es el *pastor*, es más lógico que él busque a la *onja* que la *coja* a él». Le dejaron un poco tiempo—poquín—tranquilo; pero como sus artículos furibundamente anticlericales no cesaban, volvieron a la carga con él. Condoliéndose del pobre mensajero que tanto le importunaba, le dijo un día: «Diga usted al arzobispo, que si él supiera que he aprendido una cosa que él es incapaz de aprender, no perdería el tiempo creyendo que con promesas o anatemas me ha de vencer.» Intrigados desde el arzobispo al últi-

mo acólito del palacio arzobispal, todo eran idas y venidas para arrancarle al sencillote D. José lo que había aprendido, que el señor arzobispo no solamente no había aprendido, sino que hasta era incapaz de aprender. Solamente, cuando un día el emisario le dijo humildemente, «Ha dicho S. I. que por lo menos haga usted el favor de decir qué es *eso* que ha aprendido usted que él es incapaz de aprender», se impresionó y dijo: «¡Hombre; carape: por favor sí, y más por hacérselo a usted! Diga usted al arzobispo, que no conseguirá ablandarme, PORQUE HE APRENDIDO A SER POBRE». Y ya no le importunaron más, directamente. Pero...

¡Pues ahí es nadal! ¡Aprender a ser pobre! ¡Qué pocos han hecho por aprender esa cosa tan grande! No faltará quien diga: ¿Cosa grande aprender a ser pobre?... Sí, señor; ¡y tan grande! Como que no hay nadie que haya aprendido a ser POBRE, que no viva desahogadamente. Y sin embargo, son muchos los que pasan hambre algunos días y los que comen *alternativamente*, porque no han aprendido a ser pobres. Nos explicaremos. El que con dinero sobrante en el bolsillo va al mercado y compra las cosas que menos le cuestan, pero que en utilidad y aprovechamiento son tan buenas o mejores que las más caras; el que se rige en las compras de alimentos y cosas de uso necesario por el experimento más que por el capricho o la vanidad; el que sin quitarle nada a lo necesario no compra lo superfluo; el que piensa que es mejor economizar dos pesetas y tenerlas prevenidas para casos de paro forzoso o enfermedad que darselas de espléndido o vanidoso; el que huye de los vicios por perjudiciales y se reconcentra en su casa a vivir sencillamente con su familia, ese *¡jesos!* han aprendido a ser pobres, y rara vez les acosaría el hambre. Algunos de esos que han aprendido a ser *pobres* han reunido buenos capitales.

Pero esos trabajadores—o no trabajadores—que no se privan de ningún vicio, o capricho—cueste lo que cueste—, cuando tienen dinero para ello, y compran jamón, salchicón, pollos, conejos, dulces, de los primeros frutos, etc., en cuanto tienen un duro encima, aunque al día siguiente no tengan para comprar pan solo; esos—aunque vayan hambrientos, descalzos y desnudos y hasta pidan limosna—, son mucho más

pobres, porque no han aprendido a ser pobre.

Esto pensábamos, cuando estando «en la mesa» de un amigo salchichero, hace unos días, vimos cómo una mujer andrajosa llegaba y decía: «Dame tres reales de jamón «pa» mí». Y no más lo hubo tomado, se marchó y se puso a pedir limosna a otros vendedores muy próximos.

Con aquellos setenta y cinco céntimos, empleados en patatas, arroz u otra cosa parecida, hubiera tenido para alimentarse más veces y hasta más sanamente, a nuestro juicio.

¡Pero vaya usted a hermanar el criterio de «Cantaclearo» con el de aquella mendiga...!

ANTONIO PINES NÚÑEZ.

BOTONAZOS

AL 1.º DE MAYO

Tantos primeros de mayo; tantas manifestaciones; y aun se caen de desmayo

1.º DE MAYO

Siempre hemos sido enemigos recalcitrantes de la rutina, cuando de ésta se ha hecho objeto de exhibición, bullanga o recuento de *materia explotable* por los pastores del rebaño social. Siempre hemos concedido valor negativo a las peticiones de más jornal y menos jornada, por suponer que ese sistema es un círculo vicioso que nada remedia, porque a medida que la jornada descende y el jornal asciende, se elevan los precios de las subsistencias, se dificulta el desenvolvimiento de la vida—que sólo tiene la ventaja de desengañar a los rebeldes, pero tiene la desventaja de dar armas a los burgueses y no atraer a los tibios, a los inadvertidos, a los timoratos, que son los más—y se prolongan las injusticias y los privilegios que en discursos, manifestos y canciones se mencionan.

Dado el origen de la manifestación del 1.º de Mayo, ese día sólo debe considerarse como luctuoso recuerdo, por la muerte de los valientes camaradas inmolados en Chicago, al ser los precursores de la transformación horaria del trabajo; cosa que si bien beneficiaba en parte al obrero, le entretiene por otra. Si el tiempo que lleva el elemento trabajador luchando por trabajar menos y cobrar más, lo hubiese dedicado a combatir los cimientos de la injusticia y de la desigualdad—franca y directamente—, ya se hubiese llegado a la emancipación total del proletariado; pero esa emancipación no vendrá, mientras que el trabajador campesino—base del edificio social—no se colo-

los obreros a montones.

Tanto primero de mayo; tanto discurso prollojo; y, aun está mi primo Cayo sin tener trabajo fijo.

Tanto primero de mayo; tanto escrito detonante; y, en Madrid y en Villarcayo hay quien no come bastante.

Tanto primero de mayo con demandas al gobierno, mientras tanto «papagallos» sin sudar come el pan tierno.

Tanto primero de mayo en que tantos alborotan; ¡así les cañera un rayo a los pillos que lo explotan!

Si a ese día se le diera en forma noble y sincera su gran significación, el proletario estuviera, ya, sin tanta «fiesta obrera» en plena emancipación.

LIBERTAD PINES FERRANDEZ

que en primera fila, de acuerdo con sus similares: herreros, carreteros, etcétera, y haciendo ver a sus *acompañeros* burócratas, figuras: la inferioridad, la inutilidad o la «*perjudicialidad*» de estos, vaya rectamente, con todos los destierros de la fortuna—*que son indispensables en la vida*—, a apoderarse de la tierra, de las fábricas y de los talleres, para hacerlos predominio común, con obligación general de producir y derecho general de consumir.

¿Qué es eso de que unos tengan miles de hectáreas de terreno que desconocen, y otros no tengan donde caerse muertos? ¿Qué es eso de que unos tengan palacios con muchas habitaciones vacías y otros tengan que *¡¡vivir!* hacinados en miserables pocilgas? ¿Qué es eso de que unos gasten imbécilmente, criminalmente, miles de pesetas en tonterías caprichosas, mientras otros se mueren de hambre? ¿Qué es eso de que los falsos *pastores* cobren sueldos elevados y vivan a lo grande, mientras las candidas *onjas* siguen sin poder hartarse?

Nosotros siempre lientos creído, que el obrero se equivoca de camino al seguir el sistema de jornada y salario, y así se lo hemos dicho; pero como aun no está en condiciones de comprender quien le dice la verdad a secas, lo llevan por el camino que a otros beneficiaba antes que a él y «*alargan*» su emancipación.

Ya puede gritar, manifestarse y dar vueltas alrededor de «*más jornal y menos jornadas*»; que no solo no adelantará nada, sino que empeorará la situación